

Celda-kiesko al aire libre para alojamiento de un enfermo en tratamiento

## LA CURACIÓN DE LA TISIS

No hay guerra, por desastrosa que sea, que cueste á la humanidad tantas vidas como la terrible guerra con la tisis; y lo peor de esta última lucha es que el encarnecimiento con que esta enfermedad se ceba en las personas, no disminuye y que continúa haciendo víctimas con dolorosa y abrumadora persistencia.

El rey de Inglaterra, en 1899, cuando aún no se había sentado en el trono británico, fué presidente de la *Asociación nacional para la prevención de la tisis*, siendo el principal objeto de aquella sociedad la propáganda de los medios para evitar y limitar los efectos de la terrible enfermedad. Desde entonces, el rey Eduardo VII ha demostrado gran interés por tan humanitaria causa, y muchos banqueros y propietarios, siguiendo el ejemplo de su actual soberano, han contribuido con esplendidez al mantenimiento de aquella sociedad. Así podemos citar á Sir Edward Cassells, que regaló doscientas mil libras esterlinas; Mr. W. J. Crosley, que donó cien mil, y Mr. Rockfelles, que contribuyó con ciento cincuenta mil libras esterlinas.

Este alto ejemplo, dado por Inglaterra, debe ser imitado por toda Europa, y muy especialmente por España, á la que tanto duele la tisis. Como de interés para el público damos á conocer una interesante infor-

mación que esperamos sea acogida favorablemente, de un Sanatorio para la curación de la tisis.

Afortunadamente, en nuestro país, aunque no contamos con sanatorios para tuberculosos instalados en las condiciones en que se halla el de Deeside, no por eso hemos de negar que España ha progresado mucho en los medios de curación de aquella terrible enfermedad, siendo uno de los médicos que más han trabajado en ese sentido y que aplican muchos de los procedimientos explicados á continuación, el afamado doctor Espina y Capó, honra, como otros muchos compañeros suyos, de la ciencia médica.

Pero no distraigamos la atención del lector en materia como esta de la curación de la tisis, que tan interesante es para muchos, y oigamos el relato que hace del sanatorio de Deeside, en Escocia, un enfermo que á él acudió en busca de salud, lográndola por completo. *Uno que ha sido curado de tisis*, como elocuentemente se firma el autor del artículo, ha hecho un gran bien á la humanidad con la vulgarización, en forma amenísima, de los medios por los cuales logró su curación.

Dice así el artículo de referencia:

\* \* \*

¿Qué es la tisis? En lenguaje médico, la

tisis es la tuberculosis de los pulmones. En otros términos de frases vulgares, es una enfermedad de los pulmones causada por la presencia en ellos de un organismo llamado el bacillus tuberculoso. Contra las nociones popularmente aceptadas, este *bacillus* no es animal, ni tampoco es de tamaño apreciable. Perteneció al reino vegetal, y tiene una forma inferior á la vida de las plantas. Su tamaño puede deducirse teniéndose en cuenta los grabados que publicamos en esta misma página, que representa al citado *bacillus* después de aumentarlo en quinientos diámetros. Para que pueda hacerse bien la comparación, se ha colocado al lado de ellos un número de corpúsculos de sangre humana, también aumentados en otros tantos quinientos diámetros. Hablando en términos vulgares, un corpúsculo de sangre roja contiene tantas veces cuarenta diámetros como un *bacillus* tuberculoso. Diciendo que en la superficie de un sello de correos pueden acomodarse cuatrocientos millones de estos organismos, podrá el lector darse idea de sus extraordinarias reducidas dimensiones.

¿Cuáles son los hábitos y costumbres del tal *bacillus*? se preguntará. Y nosotros contestaremos que, como la mayor parte de las cosas malas, sus costumbres nada tienen de ejemplares. No puede vivir á la luz del sol, al contrario, muere cuando queda sujeto á

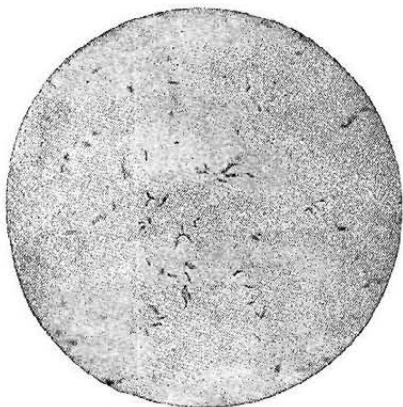
mente, la vista á la medicina. ¿No existe antídoto que destruya los efectos de este veneno?

Hasta ahora puede asegurarse que no se ha descubierto específico alguno contra él; y por esto no tiene nada de sorprendente que este campo de la terapéutica haya sido elegido como el mejor coto de caza por curanderos y charlatanes. Por todas partes se ven anuncios de mal llamados específicos con los que se pretende curar las tisis. El mismo número de esos anuncios demuestra lo fútil de sus predicaciones.

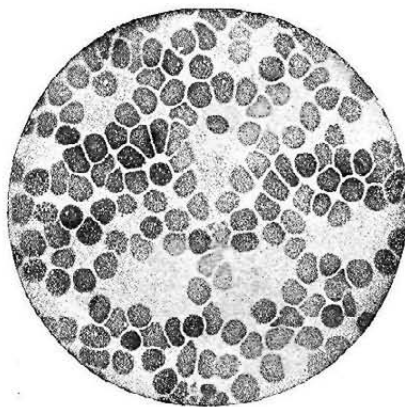
Pero en ausencia de un tratamiento por medio de un medicamento reconocido, nos encontramos con un sistema que recibe los distintos nombres de *tratamiento nuevo*, *tratamiento por el aire libre* y *tratamiento sanatorial*. Este último sistema es un agente que, bien aplicado, cura, sin duda alguna, en cierto número de casos. Estos nombres, sin embargo, son más ó menos erróneos. Nada tiene de nuevo el tratamiento al aire libre, pues hasta Hipócrates, que vivió cuatrocientos años antes de Jesucristo, lo aconsejaba.

¿En qué consiste, preguntará el lector, el tratamiento al aire libre? ¿Qué se quiere decir con tratamiento sanatoria?

Aquí debo pedir perdón al lector si me atrevo á hacer algo de antibiografía. Como



Bacillus de la tuberculosis aumentado en quinientos diámetros



Corpúsculos de sangre roja aumentados en quinientos diámetros.

su influencia. Ama la obscuridad y aborrece la luz, todo lo cual puede obedecer al hecho de que sus actos son tan despiadados, tan crueles sus efectos y con tal persistencia consume su nefasta misión que, si no se hace nada para contrarrestar el poder que ejercen, sembrarán la muerte allí donde quiera que se dejen sentir.

Para curar este mal, se dirige, natural-

mente, la vista á la medicina. ¿No existe antídoto que destruya los efectos de este veneno? Hasta ahora puede asegurarse que no se ha descubierto específico alguno contra él; y por esto no tiene nada de sorprendente que este campo de la terapéutica haya sido elegido como el mejor coto de caza por curanderos y charlatanes. Por todas partes se ven anuncios de mal llamados específicos con los que se pretende curar las tisis. El mismo número de esos anuncios demuestra lo fútil de sus predicaciones. Pero en ausencia de un tratamiento por medio de un medicamento reconocido, nos encontramos con un sistema que recibe los distintos nombres de *tratamiento nuevo*, *tratamiento por el aire libre* y *tratamiento sanatorial*. Este último sistema es un agente que, bien aplicado, cura, sin duda alguna, en cierto número de casos. Estos nombres, sin embargo, son más ó menos erróneos. Nada tiene de nuevo el tratamiento al aire libre, pues hasta Hipócrates, que vivió cuatrocientos años antes de Jesucristo, lo aconsejaba. ¿En qué consiste, preguntará el lector, el tratamiento al aire libre? ¿Qué se quiere decir con tratamiento sanatoria? Aquí debo pedir perdón al lector si me atrevo á hacer algo de antibiografía. Como

Al entrar en el distrito, recibe el enfermo

gratisísima impresión ante la magnificencia del paisaje: por todas partes distingue su vista bosques de pinos, con elevados y desnudos picos de las montañas que lo rodean.

Ocupase un carruaje, y después de recorrerse cerca de tres kilómetros, se encuentra el paciente frente a frente del sanatorio, cuyos altos y amarillentos muros, adornados por el enorme número de ventanas blancas, abiertas unas con balcones y otras sin ellos, llevan a la memoria escenas más propias de lagos italianos que de montañas escocesas.

Fui recibido al entrar por la enfermera principal que, para mi mayor asombro, empezó por mandarme acostar. Yo quise ex-

pesaba, analizaba y registaba su contenido en el registro dedicado a mi persona, y se limpiaba luego el recipiente desinfectándolo muy bien. Se me ordenó llevar el cuidado del registro, que con el tiempo llegó a ser mi mejor amigo, pues con su franqueza me decía diariamente que mi fiebre cedía lenta pero constantemente, y que mi vuelta a la salud era a cada instante un hecho más próximo. Se examinaba mi pecho, midiendo en diferentes niveles su forma y capacidad, como asimismo su energía de expansión. Estos hechos erau a su vez cuidadosamente anotados en otro registro que llevaba el doctor para su información particular y que yo no



Alcoba de un enfermo en el sanatorio de Deeside

plicarle que no estaba enfermo de cuidado; pero, aquella señora, aunque bondadosa, no dejaba de ser algo terca, y en la cama tuve que meterme *velis nolis*. Por la tarde se presentó el médico y me ordenó que siguiera guardando cama hasta que desapareciera todo signo de fiebre. También me explicó la manera de usar mi termómetro, con el que yo mismo debía tomar mi temperatura cuatro veces al día, hasta que otra cosa se me ordenara. Me advirtió, además, que en mi habitación había un recipiente con ácido carbólico en solución para que toda expectoración que yo hiciera se depositase allí.

No es preciso detenerse en elogiar esta disposición por lo acertadísima, teniendo presente que el elemento expectorado es el vehículo de todo contagio tratándose de enfermos de tuberculosis. Durante todo el tiempo de mi estancia en el sanatorio, el referido recipiente se renovaba dos veces al día, se

vi hasta un mes después de mi llegada, cuando el doctor quiso comparar las notas tomadas entonces con las ya hechas a mi presentación. Así pudo advertir de una sola ojeada los progresos hechos en la cura de mi enfermedad.

Al siguiente día de mi llegada, me llevaron a la sala de electricidad, donde me examinaron el pecho por medio de los rayos X, formándose luego un esquima que mostraba la importancia de la enfermedad. La parte dañada aparecía más oscura que la sana. Como en mi condición no existía nada que indicara la necesidad de recibir el tratamiento de la luz *ultra-violada* ni la de la *alta tensión*, no se me aplicaron esta clase de instrumentos. Pero son de tan gran interés aquellos aparatos, que he creído conveniente reproducirlos por la fotografía, y puede verlos el lector en los grabados de este artículo.

Después de la sala de electricidad, entra-

mos en otra destinada al reconocimiento de la garganta. Allí examináronme la laringe, la garganta, la nariz y los oídos, encontrándolo todo, felizmente, en estado normal. Como se veía que mi dentadura estaba en buenas condiciones, no tuve que visitar la sala dental que también existe en el sanatorio.

Pocas cosas dignas de mención ocurrieron durante el tiempo que guardé cama; y, sin embargo, no puedo decir que me aburrí, porque el estudio del pulso y de la temperatura, las comidas servidas con regularidad cronométrica, las visitas frecuentes de la enfermera

que me llevaba libros, revistas y periódicos que yo eligiera lo que más pudiera complacerme, y las dos visitas diarias del médico, constituían materia suficiente para que el tiempo se deslizara sin excitaciones perturbadoras ni depresiones de ánimo.

Era incidente extraordinario en esta clase de vida, la visita mensual que obligatoriamente hacía el médico más moderno del sanatorio para examinar el estado de la sangre. Sabido es que á las enfermedades tuberculosas acompaña siempre un grado considerable de anemia. Conociendo sistemáticamente la cantidad de hemoglobina que la sangre contiene y el número de glóbulos rojos presentes, el médico puede tratar la enfermedad con mayores seguridades de acierto. Con sólo cuatro ó cinco gotas de sangre, todas tomadas, por lo general, del lóbulo de la oreja, había lo suficiente para este estudio. Al lado de las camas se coloca todas las noches un pequeño recipiente de cristal para recoger las primeras expectoraciones de la mañana, que pasan después al laboratorio y se examinan para descubrir el bacillus tuberculoso ó cualquiera otros signos de los que tan frecuentes son en las tisis. Puedo asegurar que los pacientes estábamos muy orgullosos de nuestro laboratorio investigador, pues no solamente fué el primero, y aún sigue siendo el único que hay en sana-

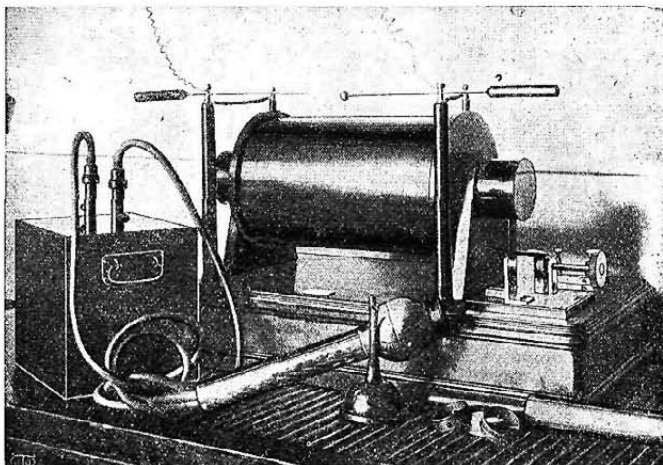
torios ingleses, sino que la excelencia de su trabajo es tal que aquellos médicos reciben con frecuencia donativos de la Asociación Médica Inglesa y de la Real Sociedad de Londres en reconocimiento de los esfuerzos que llevan á cabo, para la solución del más difícil problema entre los que se relacionan con

el tratamiento de esta enfermedad.

Después de transcurridas algunas semanas, descendió la temperatura y mi fiel registro; me dijo que la fiebre había cesado. Entonces, abandoné el lecho y entré en la segunda etapa de tratamiento; es decir, en la etapa del

ejercicio. Empezó éste con paseos moderados, primero por las galerías dentro del edificio, y más adelante, cuando recobré alguna fuerza, por las encantadoras cercanías de los próximos bosques. Poco antes de empezar esta fase, se midió la capacidad vital de mis pulmones mediante el espirómetro, en el que se me hizo respirar con cuanta amplitud pudiera.

Así supo el médico exactamente la cantidad de aire que mis pulmones podían contener. Este procedimiento se repitió en determinados períodos, sirviéndome de incentivo para perseverar en el tratamiento emprendido, pues así veía yo claramente cómo aumentaba el espacio utilizable para el aire en mi pecho á medida que reponía así la salud. La gran importancia de este conocimiento se comprenderá si se tiene en cuenta que á medida que avanza la tisis en el pulmón, la parte dañada se solidifica, cosa que impide que penetre el aire en ella; y al contrario, cuando se adelanta en la cura, la verifica la expansión de las partes interesadas y también de los tejidos próximos. Así, los registros sucesivos de la capacidad vital de los pulmones constituyen verdaderos datos de los progresos que el enfermo hace en su restablecimiento. Por esta razón, yo me interesaba grandemente en los datos del registro espirométrico, así como en las operaciones sema-



Instrumentos de luz ultra-violeta y de alta tensión

nales respecto al peso y al examen de la sangre.

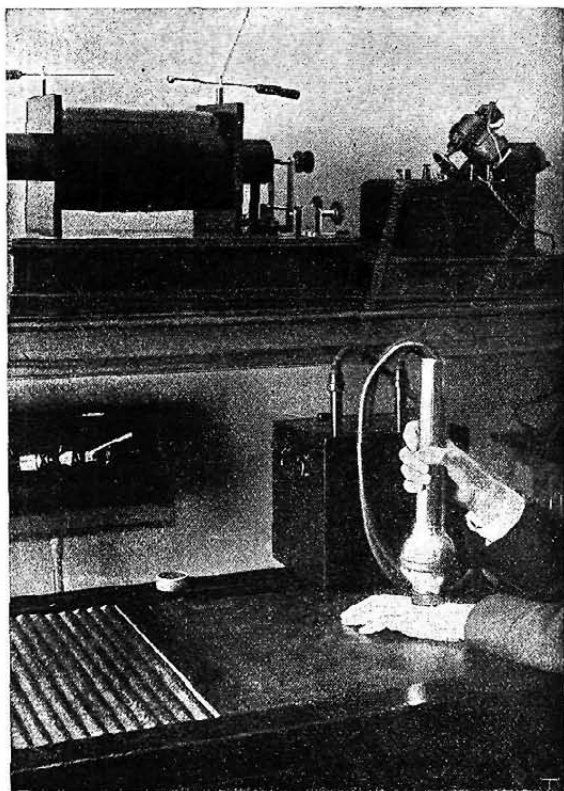
Los terrenos que para paseos tiene dispuestos el Sanatorio eran de dos clases: nivelados y graduados. En unos y otros se encuentra hecha la medida de las longitudes mediante tablas pequeñas clavadas en los árboles. Hay alamedas especiales de extensión determinada, que se indican por anillos pintados en rededor del tronco de los árboles. Los anillos de cada alameda son del mismo color, diferenciándose en cambio los de alamedas diferentes. De este modo pueden reconocerse las extensiones, distinguiéndose la alameda de anillos blancos que tiene trescientos metros; la de los amarillos, ochocientos; la de los rojos, mil doscientos cincuenta, y así sucesivamente.

Estas alamedas están cubiertas de rica grava, muy abundante en aquellos lugares, y de tales propiedades que se mantiene seca en todo tiempo. Esto facilita á los enfermos, como me facilitó á mí, hacer ejercicio continuo con toda comodidad en lo que al piso hacia referencia. Todas las mañanas se me señalaba con toda exactitud lo que debía andar y el tiempo que había de emplear en ello, y es que prescribiendo la longitud del paseo, prescribían también los médicos el paso que el enfermo había de llevar. Concluido el paseo, volvía yo á mis habitaciones y se me examinaban el pulso y la temperatura, repitiéndose estas operaciones después que ya reposaba yo sobre la cama ó sobre un sofá por espacio de una hora.

Empezando los ejercicios de paseo con uno de cien metros, íbase aumentando la distancia hasta que se llegaba á más de ocho kilómetros, teniendo por adición este ejercicio los adecuados á la expansión del pecho y al de elevación de pesos.

Cuando ya no tenía necesidad de estar encerrado en mi habitación, hacía mis comidas con los médicos y la directora en el comedor general. Al hablar de esto, permítaseme declarar enfáticamente que la abundancia de platos que, según los partidarios de un establecimiento alemán muy conocido, es esencial al tratamiento de la curación, no encuentra buena acogida en el sanatorio de Deeside, en que ahora me ocupo. En cinco mesas, presididas cada una de ellas por un médico de la casa, se acomodaban los treinta y un pacientes que comían á la misma hora.

Como los demás, yo había aprendido por mi experiencia mientras guardé cama, y, con



Método de aplicación á un tuberculoso de la luz ultra-violetada

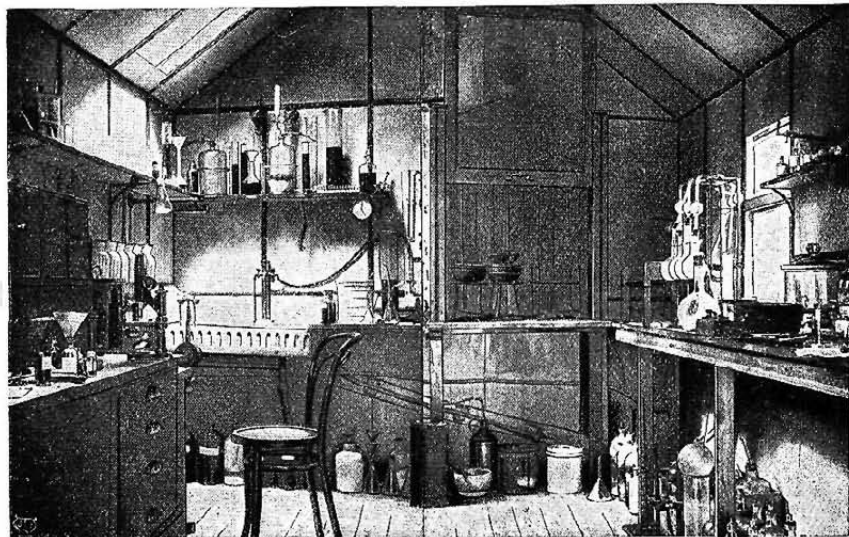
gran ventaja para mí, la conveniencia de un régimen dietético abundante y bueno. En este sanatorio teníamos un jefe de cocina de primera clase, que nos presentaba una variada y rica selección de manjares, entre los que escogíamos los de nuestro gusto. Sólo en un detalle se distinguía el sanatorio de cualquier hotel de primera clase; la presencia de un gran jarro lleno de leche y la limitación del pan y de la manteca que cada enfermo debe tomar en las comidas. Que este sistema ha tenido buen resultado, en lo que al tratamiento de mi enfermedad se refiere, es indudable; pues lo atestiguan el hecho de haber ganado más de ocho kilogramos en peso, durante el primer mes que lo guardé, además de que, por entonces, el término medio de los enfermos que había en el sanatorio, habían ganado desde su admisión (tanto en casos graves como en los de poca importancia), más de diez kilogramos cada uno.

Continué haciendo la misma vida durante bastante tiempo, siguiendo la monótona rutina establecida, pero muy satisfecho por mi parte porque aquella rutina monótona era el feliz restablecimiento de la salud. La vida era tranquila, pero beneficiosa.

El día mismo de mi llegada al sanatorio pedi los periódicos, llevado de mi afán por saber las últimas noticias, pues aún no había tenido tiempo de olvidar la vida de batalla, febril é intranquila de la capital; pero muy pronto mis deseos de noticias se amortiguaron para dar cabida á otros más tranquilos y beneficiosos para mi salud, y un mes después, yo mismo me sorprendía de la indiferencia con que recordaba todo lo que no se refiriera á mi curación, sin que lograran nadie conmoverme de tal indiferencia, porque en el sanatorio «la vida, libre de la ansiedad mundana, encuentra grato el lenguaje de los árboles, amenísima la lectura de los arroyuelos, saturados de enseñanzas los ser-

jetos al tratamiento del sanatorio de Deeside y que á mi llegada al establecimiento se hallaban perfectamente. Entre estas personas las había de todas clases: representantes de la nobleza, abogados, médicos, sacerdotes, militares, marinos, banqueros, etc.

Mi opinión, expuesta al principio de este artículo, tiene, pues, gran claridad y es de gran sencillez: la tisis puede curarse, mediante *el tratamiento al aire libre*. Cuanto más pronto se ponga en cura la enfermedad, tanto mayor será la esperanza de una curación completa; pero casi en cualquier tiempo puede lograrse la salud si se aplica convenientemente el tratamiento; y si la enfermedad estuviera tan avanzada que fuera imposible



El Laboratorio de Deeside

mones predicados por las piedras, y la salud extendida por todas partes», como dicen elocuentemente los cartelitos que por allí se leen.

El sentimiento de la salud que vuelve, el rigor de la juventud y la conciencia de las fuerzas recobradas á que por tanto tiempo antes había sido extraño, me inspiraron un gran entusiasmo por seguir la cura, y además me sentía reanimadísimo al ver á mi alrededor otros enfermos cuya condición había sido peor que la mía y que entonces se encontraban ya mucho mejor que yo. Sobre todo tenía noticias de bastantes pacientes que habían recobrado de tal modo la salud, que pudieron volver á sus ocupaciones desempeñándolas con toda perfección y á satisfacción de cuantos se interesaban por ellos: sabía de más de cuarenta personas que durante los dos años y medio últimos habían estado su-

lograr la cura por completo, cuando monos obtendría el enfermo mucho alivio en la dolencia.

No estorba en este artículo una nota de advertencias que se hacen necesarias ante el efecto producido por un famoso artículo titulado *El clamor de los tísicos* que se publicó hace poco en la revista *Nineteenth century*. El citado artículo hizo mucho bien por llamar la atención del público hácia la facilidad de curar la tisis por *el tratamiento al aire libre*, pero también hizo mucho daño y produjo dolorosas desilusiones entre los enfermos que aceptando las entusiastas opiniones que exponían pusieron á prueba las indicaciones del autor de aquel trabajo.

Decía el artículo, que todo enfermo de tisis que estuviera sometido al *tratamiento al aire libre* y bebiera diariamente tres cuartillos de leche y comiera seis onzas de pan

con tres de manteca, dejaría de toser á los catorce días, y á los cinco meses estaría completamente curado.

Mi advertencia es que tales seguridades nada tienen de cierto, si el tratamiento preconizado, que es el *del aire libre*, el cual, aunque sin disputa, es el mejor, hay que tener presente que significa algo más que limitarse á llevar una vida muy cuidada, porque es preciso observar, además, las reglas siguientes:

1.<sup>a</sup> Que los enfermos no respiren durante las veinticuatro horas del día, sino un aire completamente puro.

2.<sup>a</sup> Que el alimento se adapte cuidadosamente al caso de cada individuo, y que con respecto á la cantidad en que debe tomarse, se calcule cuidadosamente sobre la base del peso del cuerpo del enfermo, debiendo las modificaciones consiguientes ser reguladas

4.<sup>a</sup> Se requieren conocimientos especiales para ordenar los ejercicios que han de practicarse.

5.<sup>a</sup> Es preciso, muy especialmente, conocer todos los agentes de que dispone la ciencia médica para aumentar la resistencia del individuo, disminuyendo la violencia del *bacillus*, ya sea valiéndose del tratamiento eléctrico, los rayos X, ya de la hidropatía ó de la terapéutica en general.

Y 6.<sup>a</sup> Cuando estos elementos puedan asegurarse bajo buenas condiciones, entonces la tisis es susceptible de curación en proporciones muy considerables.

\* \* \*

Un rayo de esperanza hay en las anteriores líneas para los enfermos de tan terrible dolencia.

Que la tisis es curable ya lo afirmaron



Bosque blanco del sanatorio

por principios científicos. La aserción de que tres cuartillos de leche convenga á todos los casos de tisis, lo mismo á la doncella de poca edad, que al grueso adulto ya entrado en años, está en contradicción con las leyes fisiológicas así como con las enseñanzas de la experiencia.

3.<sup>a</sup> Es también indispensable la inspección diaria, y hasta horaria, hecha por persona perita y educada tanto en las aulas médicas como en la práctica, pues se necesita que conozca las distintas fases de la enfermedad.

doctores como Cruveilhier, Grancher, Charcot en el extranjero, Espina y Capo y otros en nuestra península; pero, por desgracia, los resultados se tocan muy pocas veces. Si en el foco tuberculoso lleva ventaja el trabajo de esclerosis periférica al de calcificación central, la tuberculosis se mantiene localizada y puede ser detenida en su marcha.

Muchos son los agentes terapéuticos que se han ensayado contra la terrible enfermedad.

El doctor Marfau estudia estos agentes por este orden: medicaciones reputadas como bacilicidas; medicaciones que transformen

el organismo del tísico; medicaciones sintomáticas y profilaxis de la tuberculosis. Según el doctor citado, de la larga lista de remedios no hay ninguno que no haya sido considerado en su hora, como remedio infalible; pero de todos ellos, apenas si pueden conservarse más que la creosota en primer término y las esencias volátiles después.

Los mejores modos de administrar la creosota son: la ingestión en el estómago, si este la tolera, en forma de disolución alcohólica; los enemas creosotados y las inhalaciones de vapor creosotado con presión. Cuando la creosota ó las esencias volátiles han penetrado en el organismo por una vía cualquiera, se eliminan por las respiratorias, realizando en ellas cierto grado de antiseptia; la acción antiséptica es real pero débil, en lo que respecta al *bacillus* de la tuberculosis, pero es poderosa para los microbios asociados ordinariamente al *bacillus*. Las esencias parece que sólo obran sobre las infecciones secundarias, pero no tienen gran influencia sobre el *bacillus* tuberculoso.

Però todos estos remedios significa un muy poco al lado de los que tienden á transformar el organismo del tísico. Por esto debe favorecerse la fundación de sanatorios, donde la vida tranquila y el aire libre son poderosos elementos de curación, y que además son aplicables á todos los enfermos y á todas las formas de tisis.

Este asunto de la curación de la calamitosa enfermedad, es de los que interesan todos por lo contagioso de la afección. «La tisis se ha considerado siempre, dice Laennec, como enfermedad contagiosa y como tal la juzga el vulgo.» Este mismo doctor refiere también que, haciendo la autopsia de un tísico, se hirió en el dedo índice, desarrollándose un tubérculo en el sitio de la herida. Veinte años después murió tuberculoso.

Uno de los puntos más interesantes que se relacionan con el estudio de la tisis pulmonar, es el que hace referencia al contagio de la enfermedad. Los antiguos sospecharon el contagio, pero este problema no fué planteado hasta las investigaciones de Villemín, que de ellas obtuvo observaciones muy categóricas. Los casos de contagiosos más comunes son aquellos en que se realiza la transmisión de marido á mujer ó viceversa.

Musgrave Clay considera como favorables el contagio la vida en común en aposento donde la renovación del aire no sea suficiente; la vida sedentaria de la persona expuesta al contagio y el estado avanzado de las lesiones locales en el sujeto tuberculoso contaminador.

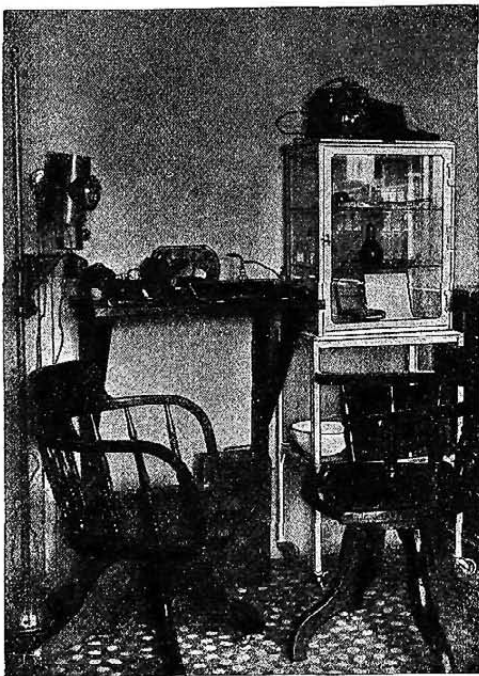
Esto ha sido demostrado por investigaciones posteriores y hoy es cosa corriente en la ciencia que la tisis se transmite por inhalación en las vías respiratorias, por ingestión en el tubo digestivo, por inoculación cutánea y por las relaciones sexuales.

La forma más frecuente es la primera. El agente ordinario del

contagio es el punto bacilífero. No es el aliento de los tísicos el contagioso, pues el aire espirado siempre está desprovisto de gérmenes. El esputo se seca, se reduce á polvo que se esparce en la atmósfera y en esta forma penetra en las vías respiratorias. Las moscas y chinches pueden ser agentes de inoculación.

En una palabra: los medios de contagio de la tisis son numerosos y cuanto tienda á extirpar la mortal enfermedad, debe acogerse por todas las naciones como medio de defensa contra tan terrible invasor.

Por esto debe considerarse como conveniente y hasta indispensable la creación de sanatorios para poder defendernos contra enemigo tan cruel y destructor del género humano.



Gabinete donde se reconoce la garganta